



*Vacceos, vettones y carpetanos
ante el ataque de Aníbal*

Gonzalo Ruiz Zapatero

Jesús Álvarez-Sanchís

Universidad Complutense de Madrid

Introducción

Hace 2300 años el Mediterráneo occidental empezaba a ser un espacio demasiado pequeño para satisfacer las crecientes ambiciones económicas de romanos y cartagineses¹. La lucha por la supremacía era consecuencia, por una parte, de la necesidad que tenía Roma de consolidar su hegemonía en la península italiana; por otra, la política de alianzas de los romanos con las colonias griegas, seculares enemigos de Cartago. Derrotada en la Primera Guerra Púnica, Cartago sufrió una profunda crisis que afectó a su estructura económica y política. Las enormes pérdidas materiales obligaron a buscar rápidas soluciones para apuntalar su tambaleante economía. Fue así como en el 237 a.C. Amílcar Barca desembarcó en Cádiz junto a su hijo Aníbal y su yerno Asdrúbal, e inició la conquista de los territorios meridionales. A diferencia de sus predecesores, que fueron a Iberia a comerciar, Amílcar llegó para conquistar, aplastando cualquier oposición al control de las ricas minas y zonas agrícolas, pero sirviéndose al mismo tiempo de pactos políticos con las tribus indígenas y adoptando un sistema de matrimonios dinásticos con las princesas locales. El sometimiento de las poblaciones para obtener tropas, botín y esclavos, intensificó el comercio y espoleó la guerra a pequeña escala.

Un catalizador importante en este sentido fue la expedición militar de Aníbal hasta el valle del Duero, atravesando tierras vettonas y vacceas para llegar a *Helmantiké* (Salamanca) y *Arbucala* (en las inmediaciones de Villalazán, Zamora) en la primavera del año 220 a.C. La campaña ha sido interpretada de distintas formas pero todos los especialistas

En la pág. anterior:
Toros de Guisando.
Foto: M. Bendala

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación *Cosmovisión y simbología vacceas: nuevas perspectivas de análisis* (HAR2010-21745-C03-01), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

coinciden en el hecho de que fue preparada minuciosamente (Sánchez Moreno, 2008). Allí reclutó mercenarios para unirlos a sus tropas, obtuvo prisioneros para su empleo como mano de obra en las minas de plata de Cartagena y el alto Guadalquivir, y recogió enormes cantidades de grano, ganado y otras mercancías, de cara a su ya inmediata aventura itálica.

Los pueblos indígenas ante la irrupción cartaginesa

¿Qué sabemos de las poblaciones que habitaban el centro y el oeste de la Meseta en tiempos de Aníbal? Unas pocas comunidades habían crecido mucho y se habían vuelto más activas desde el punto de vista económico con respecto a la gran mayoría (Almagro-Gorbea, 1994; Almagro-Gorbea y Dávila, 1995). A finales de la Edad del Hierro acabarán convirtiéndose en las grandes ciudades vacceas, vettonas y carpetanas conocidas por la arqueología y citadas, algunas de ellas, por las fuentes clásicas. Pero el proceso dista mucho de ser idéntico. Empezamos a imaginar un complejo mosaico de territorios con similitudes y especificidades propias (Ruiz Zapatero, 2010; 2011), no muy distinto al panorama que debían ofrecer otras regiones de la Europa templada en la época (Cunliffe, 2009; Sharples, 2010; Wells, 2011). Aún estamos lejos de explorar los territorios peninsulares como se está haciendo en otros países del continente, con una inteligente complementariedad de la arqueología y la historia antigua, pero el material obtenido es suficiente como para pergeñar algunos aspectos de los pueblos que habitaron estas regiones en las décadas que precedieron a la conquista romana (Romero *et alii*, 2008). Nuestra mirada a las gentes de la época seguirá una trayectoria pareja a la histórica expedición del cartaginés.

Alrededor del año 220 a.C. sólo una pequeña porción de vettones vivía en los *oppida*, nombre latino que reciben estos grandes centros fortificados de finales de la Edad del Hierro (Büchsenschutz, 1988; Collis, 1984), los mayores de los cuales probablemente alcanzaban poblaciones entre las 800 y las 1500 personas. Estos sitios albergan familias que apenas 4 ó 5 generaciones antes formaban pequeñas aldeas en los mismos parajes (Álvarez-Sanchís, 2011). Sin embargo, la mayoría de los vettones seguía viviendo en pequeñas explotaciones rurales –granjas y alquerías– de menos de cincuenta personas. Sitios que carecían de fortificaciones y estructuras complejas y cuyos habitantes debían pasar la mayor parte del tiempo trabajando las tierras del entorno y produciendo alimentos.



MAPA DEL SUPUESTO ITINERARIO DE ANÍBAL EN SU EXPEDICIÓN A LA MESETA NORTE (221-220 A.C.), ATRAVESANDO LAS TIERRAS DE VETTONES, VACCEOS Y CARPETANOS, Y SITIOS RELACIONADOS CON LA PRESENCIA CARTAGINESA. Dibujo: Agustina Fernández Palomino sobre imagen de satélite proporcionada por el Instituto Geográfico Nacional

Poco antes de llegar a las campiñas del Duero el ejército púnico debió de atravesar estas tierras, siguiendo en parte un importante camino natural en dirección norte-sur, la vieja ruta tartésica que andando el tiempo se convertiría en la calzada romana de la Plata. Se trata de un paisaje serrano con terrenos quebrados y montañosos, erizados de rocas graníticas, entre los que se intercalan amplias zonas de valles fértiles y protegidos. Es allí donde se concentra el poblamiento principal, como ocurre en el valle Amblés o en torno a los ríos Yeltes y Huebra, dejando tras sí grandes áreas prácticamente vacías (Álvarez-Sanchís, 1999; 2003). Los centros vettones más importantes –Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Yecla de Yeltes, Saldeana...– ocupan superficies en torno a las 10-20 hectáreas, aunque muy poco después algunos superarán con creces esas cifras (Ulaca, 70 ha). Otros

emergen ahora, como El Raso, coincidiendo con el avance púnico. Todos tienen murallas de piedra, entre 4 y 6 m de altura, con torres y bastiones en las entradas. Éstas presentan una organización relativamente homogénea que consiste en la abertura de los dos lienzos hacia el interior, formando un característico callejón en forma de embudo. A veces van precedidas por fosos y extensos campos de piedras hincadas que dan empaque y singularizan a sus ocupantes; no en vano, las defensas otorgan un valor simbólico de ostentación y poder (Berrocal y Moret, 2007).

El aspecto interior quedaba, sin embargo, muy condicionado por la topografía, con viviendas agrupadas junto a las murallas o bien aisladas buscando protección entre las rocas. Son casas de planta cuadrada o rectangular, hechas de piedra y adobe y cubiertas con espesos mantos vegetales de escoba, retama o piorno. Se trata de un caserío muy disperso, que debía de llamar la atención a cualquier extraño, sin apenas ordenación urbana más allá del acomodo que suponen las vaguadas y las sendas que lo cruzan. Algunas zonas de los recintos fortificados seguramente se destinaban a pastos y a guardar ganado. Los edificios públicos eran muy excepcionales. Salvo Ulaca, con el santuario rupestre y la sauna iniciática (Ruiz Zapatero, 2005), no conocemos nada parecido en ningún otro lugar. La organización interna de este extraordinario asentamiento, rodeado de murallas de piedra, está impregnada de un determinado orden colectivo mantenido por un fuerte poder político y religioso. Sabemos que se desarrollaron importantes artesanías, como labores de cantería y es posible que alfarería además de la forja de hierro. Allí vivía y trabajaba una importante población, de unos 1500 habitantes, que se sentía protegida. Seguramente en torno al sitio se llevarían a cabo encuentros estacionales que reunirían a mercaderes, a grupos de pastores con sus rebaños y a los agricultores del valle con el producto de sus cosechas para comerciar, realizar trueques, ofrecer oportunidades de esparcimiento y concertar alianzas matrimoniales.

Los escasos restos hallados en las viviendas sugieren que el trigo y la cebada, resistentes al clima frío y seco de la región, fueron los cultivos más importantes, con el complemento de unas pocas variedades de legumbres y bellotas. Los bóvidos resultarían los animales más valiosos, pero seguramente los rebaños de cabras y ovejas aportaban más calorías en la alimentación diaria. Una tierra como ésta, impregnada de pastos, encinas y manantiales, ayuda a entender no sólo la importancia de la ganadería sino el valor de las esculturas de toros y cerdos, los famosos “verracos”, como elementos usados por las élites de los



FRAGMENTO DE VASO PINTADO CON REPRESENTACIÓN DE UN JINETE VETTÓN A CABALLO
 PROCEDENTE DEL CASTRO DE LAS COGOTAS (CARDEÑOSA, ÁVILA). SIGLO III-II A.C.
 Foto: Mario Torquemada / MAR

oppida para reclamar la propiedad y el derecho de uso de los pastos en las épocas de calor y estiaje elevado (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2008). La creación de monumentos como los Toros de Guisando o Villanueva del Campillo debió de ser un episodio importante en la organización del paisaje, una forma específica de organizar la tierra. En torno a los *oppida* y junto a los pastizales los vettones hicieron alarde y ostentación de estas figuras.

Frente a las puertas de los poblados se disponen los cementerios, con túmulos pétreos, estelas y tumbas de incineración en hoyo. El armamento de hierro recuperado ofrece combinaciones que parecen reflejar grupos sociales diferenciados. Pero hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de las tumbas contenían muy pocos objetos o ninguno, y que sólo unas pocas contenían muchos. Allí, los grupos familiares se entierran y disponen separadamente, es posible que para marcar derechos y obligaciones. Como en otras partes de la Meseta, la erección de algunos túmulos, como una especie de hito bien visible en el paisaje, sugiere que algunos muertos habían sido importantes ancestros que debían ser recordados por las generaciones futuras. Pero lo cierto es que las nociones de memoria y descendencia no son siempre coincidentes. Más allá, en el extremo occidental, las comunidades vettonas practican rituales que no dejan huella, tal vez la exposición de los cadáveres a los agentes naturales y animales carroñeros, o bien el arrojamiento de los cuerpos y cenizas a los ríos.

Mencionadas por primera vez con ocasión de la penetración de Aníbal en la Meseta (Polibio 3, 13, 5-14; Livio 21, 5, 1-17), hay que reconocer que la contemplación de algunas ciudades vacceas, a diferencia de la mayoría de sus vecinas, debía resultar enormemente llamativa (Sanz Mínguez y Martín Valls, 2001). Murallas de adobe y madera y fosos ciclópeos encierran núcleos grandes y populosos, de entre 1500 y 5000 habitantes. El interior de la zona residencial parece articularse dentro de una trama de cierta regularidad, con una compleja red vial formando manzanas de casas rectangulares levantadas con adobe, con las traseras compartidas y abriendo sus puertas a una y otra calle. Lo que implica una planificación urbana muy distinta a la de sus congéneres vettonas, con espacios libres sin apenas ocupación. Las viviendas, de adobe, tapial y madera, están divididas en varias estancias pero su interior nos resulta poco conocido; apenas contamos con alguna excavación que descubra en área plantas completas y equipamientos domésticos.

Extensas áreas dedicadas a la actividad industrial conformarían el paisaje urbano inmediato (Sanz Mínguez y Velasco, 2003). Zonas que han llegado a nosotros en forma de acumulaciones de tierra repletas de cenizas, huesos, escorias, adobes y cerámicas. Estos inmensos basureros o “cenizales”, como suelen ser así llamados, delatarían la existencia de alfares y otras instalaciones industriales, de sitios destinados a la molienda de cereales y a la actividad textil, de ferias y mercados que concentrarían en los alrededores a una población flotante de hombres y mujeres con sus ganados y otros productos. Emplazados en la periferia de los grandes centros, serían un acicate más a la hora de producir excedentes alimenticios y otros productos con vistas al intercambio. Semejantes reuniones contribuirían a esparcir restos de comida y desperdicios, incluyendo cerámica rota y huesos de animales. Al mismo tiempo, en otros puntos extramuros empieza a ser habitual el vertido de escombros procedentes de casas arruinadas y de la construcción y reparación de las defensas del poblado. La existencia de casas extramuros nos hace suponer que los recintos amurallados no indicaban –al menos no permanentemente– una situación de peligro e inestabilidad. En los momentos de conflicto la población podría refugiarse dentro de las ciudades, ya que existiría espacio libre suficiente. Es la situación que encontramos por ejemplo en *Helmantiké*, la actual ciudad de Salamanca, conquistada por el cartaginés Aníbal en la primavera del año 220 a.C. Sabemos por Plutarco que en ese momento la ciudad tenía un arrabal o barrio apartado del centro principal. Por tanto, se podría inferir una extensión considerable para la ciudad y la existencia de una acrópolis o conjunto fortifica-

do principal con sus respectivas viviendas, como parecen confirmar recientes excavaciones arqueológicas (Macarro, 1999; Alario y Macarro, 2007).

Extensos campos de cereal, con superficies de cultivo de varios centenares de hectáreas nunca vistas antes, constituirían la base de subsistencia, junto a los numerosos rebaños de vacas que aprovecharían los rastrojos y algunas cabras y ovejas. El particular sistema colectivista entre los vacceos, al que se refiere Diodoro de Sicilia (5, 34, 3), recogiendo la información de Posidonio (Salinas de Frías, 2010), pudo resultar práctico a efectos de organizar el potencial cerealístico de estas tierras y una producción excedentaria acorde a las necesidades del momento. La estructura social compleja que delata este modelo de organización, al frente de la cual se hallaría una oligarquía dirigente, tiene también su refrendo en los atesoramientos de joyas y en las tumbas ricas de los pocos cementerios vacceos conocidos, como Las Ruedas de Padilla de Duero, Palenzuela o Cuéllar (Sanz Mínguez, 1998; 2010a). Espacios necropolitanos amplios que se reconocen fácilmente por las estelas de piedra que marcan las tumbas de incineración. Allí, la asociación de valores aristocráticos como la guerra, la caza y la bebida era característica (Romero *et alii*, 2009; Górriz, 2010). Tumbas como la 28 o 32 de Las Ruedas, con inclusión de armas damasquinadas y recipientes para el consumo de bebidas alcohólicas se situarían en la cúspide, mientras que las llamadas “tumbas pobres”, sin más evidencia que los restos cremados incluso depositados directamente sobre el suelo, estarían en la base de la pirámide social. La cuenca media del Duero conoció por tanto en esta época un particular sistema de ocupación del espacio caracterizado por ciudades grandes y separadas entre sí por distancias considerables de una o dos jornadas de camino y espacios intermedios sin habitar, controlando territorios modulares de 400/500 km², sin aldeas dependientes y con un urbanismo bien planificado. Posteriores referencias de Tácito o Apiano sobre campañas dirigidas no contra el pueblo vacceo sino contra ciudades concretas como *Cauca*, *Intercatia* o *Pallantia* son relevantes. Este modelo, que Sacristán (2011: 190) ha denominado expresivamente “ciudad-estado uninuclear vaccea”, estaba ya forjado en sus rasgos esenciales en los albores del siglo III a.C. Todo apunta a que pudo originarse apenas cien años antes, y que fue el resultado de un proceso de concentración de aldeas agrícolas que aglutinaron en poco tiempo nuevos contingentes de población. Fue indispensable un incremento de la producción en la que, acaso, el instrumental de hierro que ahora se generaliza jugó un papel de primer orden y pudo estar en la base de los cambios operados.



Las pinturas rupestres de Peña Mingubela, en Ojos Albos (Ávila), registran la existencia de hombres armados con espadas rectas, alguna posible falcata y escudos circulares en actitud de combate, fechándose en la plenitud de la Edad del Hierro y habiéndose sugerido su relación con la oposición indígena a los cartagineses, en el marco de la expedición anibálica (González-Tablas, 1980). El valor estilístico que proporcionan las pinturas no es suficiente y la relación concreta con un hecho histórico es una idea muy sugestiva pero difícil de demostrar. Pero lo cierto es que, a tenor de los ajuares recuperados en las tumbas vacceas y vettonas, en el siglo III a.C. debieron de coincidir dos panoplias distintas pero complementarias (Álvarez-Sanchís, 1999: 187-194). Una compuesta de puñal y pequeño escudo con umbo metálico, deudora en parte de la región del Duero (Sanz Mínguez, 2010b) y que se convertirá en el máximo exponente de la armería indígena en las guerras con Roma. La segunda, de raigambre más antigua, ostenta espada de antenas pistiliforme y escudo sin umbo metálico, de influencia ibérica y tal vez de mayor tamaño –¿como los representados en la vaina de la tumba 513 de la Osera?– dada la longitud de las manillas. Unas y otras se acompañarían de puntas de lanza de corte de cuatro y seis mesas.

Refiriéndose al heroísmo de las mujeres salmantinas, Plutarco (*Mul. virt.*) señala que “llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres” tomados prisioneros por Aníbal. Más resumidamente nos transmite Polieno (7, 48) la virtud de las salmantinas, pero en el pasaje en cuestión, que sigue en lo esencial a Plutarco, se refiere a que las mujeres “habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres” (Bejarano, 1955: 105-106). La referencia de Posidonio (en Diodoro 5, 33) relativa al armamento de los guerreros celtibéricos, según la cual usaban “unas espadas de dos filos, fabricadas de hierro excelente, y puñales de un palmo de longitud, de los cuales se sirven en los combates cuerpo a cuerpo”, ilustraría perfectamente las evidencias arqueológicas respecto a la coexistencia formando parte del mismo equipo de una espada y un puñal (Lorrio, 2005: 178 y 2008).

En la pág. anterior:

GUERRERO VACCEO SEGÚN EL AJUAR DE LA TUMBA 75 DE LA NECRÓPOLIS DE LAS RUEDAS DE PINTIA (VALLADOLID). Según Sanz Mínguez y Velasco, 2003, Universidad de Valladolid. Ilustración; Luís Pascual Repiso / CEVFW.

¿QUÉ ERA SER VACCEO, VETTÓN O CARPETANO?: ARQUEOLOGÍA E IDENTIDADES ÉTNICAS

Las fuentes clásicas, escritas entre los siglos III a.C. y I d.C., recogen los primeros nombres de los pueblos que habitaron la Meseta, sacándolos así del anonimato prehistórico. Por vez primera podemos relacionar los grupos arqueológicos y los etnónimos de sus protagonistas. Desde hace décadas se ha intentado correlacionar las “culturas arqueológicas” con los nombres de los *populi* de las fuentes, de forma intuitiva y mezclando diferentes tipos de datos, fundamentalmente históricos, arqueológicos y lingüísticos sin una metodología explícita. Pero sólo muy recientemente la arqueología ha empezado a desarrollar métodos para acercarse a la dificultosa búsqueda de los grupos étnicos prerromanos en la cultura material (Herbert, 2003; Fernández-Götz y Ruiz Zapatero, 2011; Jones, 1997; Sommer, 2011). El interés ha sido más acusado en el caso de los pueblos de finales de la Edad del Hierro por la inestimable ayuda de los textos (Fernández-Götz 2013, Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002; Roymans, 2004). En el contexto meseteño coetáneo de la campaña de Aníbal un grupo étnico fue cualquier grupo humano que se considerara distinto a sus vecinos o sus vecinos así lo vieran, en situaciones de interacción o coexistencia y a través de sus propias percepciones de diferenciación cultural y/o sentimiento (real o ficticio) de descendencia común. En otras palabras, el análisis arqueológico intenta inferir a partir de los restos materiales cómo las sociedades del Hierro se consideraron y vieron distintas unas de otras (Herbert, 2003; 105).

Los enfoques contemporáneos de la etnicidad han abandonado los viejos clichés de la escuela de Kossinna y las visiones esencialistas para reivindicar el carácter complejo de la etnicidad protohistórica. Ahora entendemos que la etnicidad es una categoría histórica en continua elaboración, con solapamientos y cambios continuos entre las entidades étnicas, que además tiene escalas o grados distintos, diferentes niveles de identidad étnica, y que es relacional ya que ofrece intersecciones con otras categorías de identidad. Las gentes de la Edad del Hierro tuvieron, sin duda alguna, otras identidades más inmediatas y sentidas en su vida cotidiana como las de pertenencia a un hogar, aldea, castro u *oppidum* y las relativas a su condición de género, edad, actividad y estatus. Pero eso no significa que la identidad étnica no fuera una realidad aunque fuera experimentada de otra forma.

La cuestión clave es si los nombres de las fuentes son una categoría impuesta desde fuera por los romanos (identidad exoétnica) o si los términos latinos recogen, de alguna manera, una realidad sentida y expresada por los grupos indígenas o si incluso el nombre era propiamente suyo. Esto es, si los grupos étnicos los “construyen” los romanos o si ya existían a su llegada. Y aún cuando razonablemente cabe dudar de la objetividad total de las crónicas latinas (Plácido, 2009), no menos cierto resulta pensar que las categorías con las que los romanos interpretaban las realidades indígenas -la *translatio* romana- tenían ciertas reglas y fundamento (Woolf, 2009). En consecuencia, parece buen planteamiento arrancar de las identificaciones romanas para remontarse en el tiempo y rastrear la formación de los grupos étnicos en su contingencia histórica. Cuando Aníbal atravesó las tierras de vettones, vacceos y carpetanos parece obvio que existieron entidades étnicas grandes (celtas), otras medianas de tipo regional (vettones, vacceos y carpetanos) y seguro que aún otras menores, comunidades étnicas de base comarcal, que por ahora solo somos capaces de entrever nebulosamente.

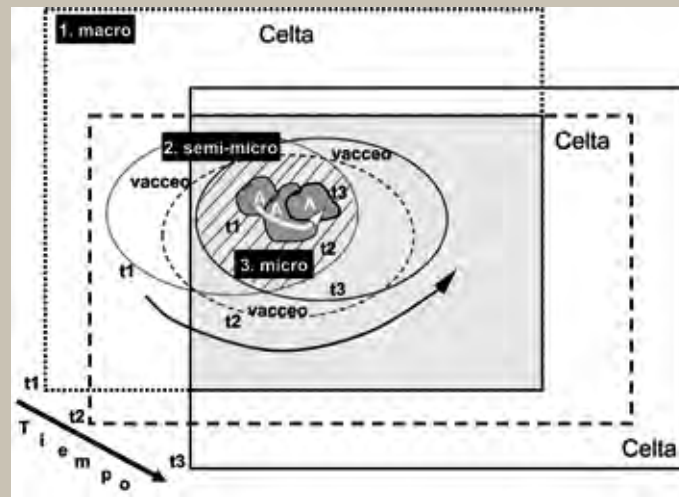
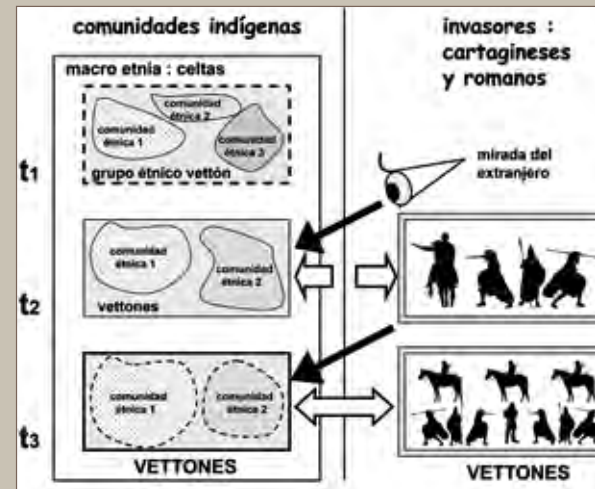


DIAGRAMA DE LOS NIVELES DE IDENTIDAD ÉTNICA EN LA EDAD DEL HIERRO CONSIDERANDO SU VARIABILIDAD EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO Y LAS INTERSECCIONES TEÓRICAS. EL NIVEL MÁS ALTO, MACRO, VIENE IDENTIFICADO CON LOS CELTAS EN SENTIDO AMPLIO, EL NIVEL MEDIO O REGIONAL ESTÁ EJEMPLIFICADO EN ESTE CASO POR LA IDENTIDAD VACCEA Y EL NIVEL INFERIOR POR LAS POSIBLES IDENTIDADES DE COMUNIDAD DE ÁREAS PEQUEÑAS QUE HOY RESULTAN PRÁCTICAMENTE INVISIBLES AL ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO.

Ilustración: Gonzalo Ruiz Zapatero



MODELO DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES ÉTNICAS DESDE LA PERSPECTIVA INDÍGENA Y LA “EXTERIOR” DE LAS POTENCIAS MEDITERRÁNEAS A FINALES DE LA EDAD DEL HIERRO. EN T1 LAS COMUNIDADES INDÍGENAS ANTES DEL CONTACTO CON CARTAGINESES Y ROMANOS PERTENECEN AL TRONCO CÉLTICO COMO MACRO-ETNIA, PERO SIN DUDA EXISTIÓ TAMBIÉN UNA AUTOPEPERCEPCIÓN A ESCALA REGIONAL (EJEMPLIFICADA AQUÍ CON LOS VETTONES) Y A UN NIVEL MÁS PEQUEÑO EXISTIRÍAN COMUNIDADES ÉTNICAS MENORES. EN T2, EL MOMENTO DEL CONTACTO, EL CONFLICTO BÉLICO REFORZARÍA LA IDENTIDAD REGIONAL AUNQUE SIGUIERAN EXISTIENDO IDENTIDADES MENORES, MIENTRAS QUE PARA EL *EXTRANJERO* LA REALIDAD ÉTNICA INDÍGENA SE SIMPLIFICARÍA CON UN ETNÓNIMO QUE ABARCARÍA, CON MAYOR O MENOR PRECISIÓN, LA IDENTIDAD ÉTNICA REGIONAL, ESPECIALMENTE DESDE UNA PERSPECTIVA MILITARISTA: CUANTOS HOMBRES EN ARMAS PODÍA LEVANTAR UN *POPULI*. EN T3 LA CONSTRUCCIÓN DE ESTAS CATEGORÍAS DE IDENTIDAD POR PARTE DE LAS POTENCIAS MEDITERRÁNEAS REMODELARÍA DE ALGUNA FORMA LA PROPIA AUTOPEPERCEPCIÓN INDÍGENA QUE SEGUIRÍA SIENDO UNA ENTIDAD VIVA Y CAMBIANTE. AL FINAL DEL PROCESO LA “MIRADA ROMANA” GANARÍA MÁS PRECISIÓN Y DETALLE DE LA REALIDAD INDÍGENA AUNQUE LA PARQUEDAD DE LAS FUENTES ESCRITAS APENAS PERMITA ENTREVER ESE FENÓMENO. Ilustración: Gonzalo Ruiz Zapatero

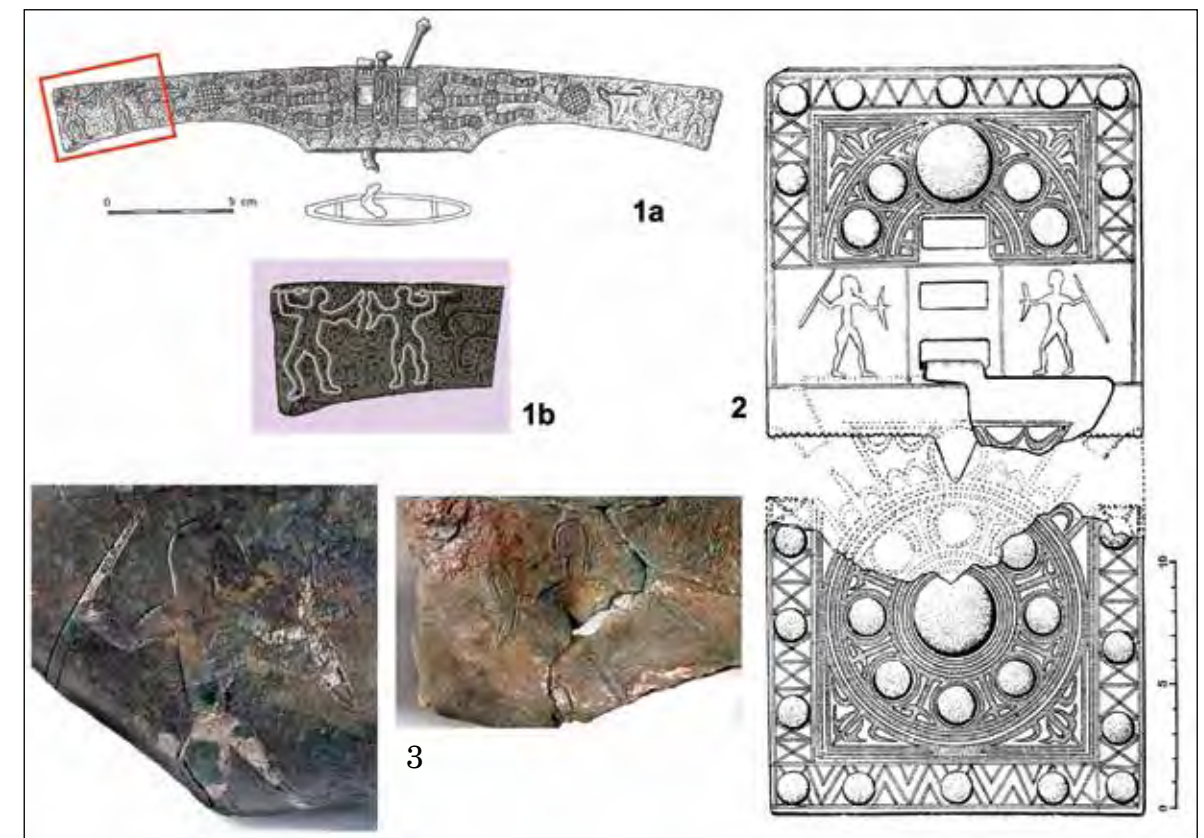
Si los carpetanos que desertaron camino del Pirineo se agruparon y tomaron la decisión colectivamente es porque constituían un grupo étnico, que se reconocía como tal y tenía una base territorial.

Los distintos niveles de la etnicidad, macro, semi-micro y micro o grandes territorios, regiones y comarcas, debieron tener también diferente significado para la gente; pero sin duda esas categorías existieron antes del contacto cartaginés y se potenciaron en el conflicto con el contrario, con “el otro”. Con los invasores el choque bélico remodeló y activó las identidades como probablemente nunca había sucedido antes. Es cierto que las comunidades del Duero medio, la Celtiberia y las tierras del centro peninsular tuvieron conflictos entre ellas, desde al menos tres centurias antes de la irrupción cartaginesa, como bien demuestran la arquitectura militar, los ajuares con armas de los cementerios y otros indicadores arqueológicos, pero no dejaban de ser conflictos entre vecinos aunque se diferenciaban entre sí (Lorrio, 2009). Pero el sentido de alteridad que tuvieron que sentir ante el ejército de Aníbal debió de ser sustancialmente distinto y con la conquista romana ese sentimiento se acrecentaría. La visión de otro mundo, otra cultura, unos guerreros uniformemente equipados con formas de combate desconocidas (Peralta, 2009: 191), hizo que de alguna manera la conciencia de identidad étnica aumentara. La manera de “estar en el mundo” había cambiado. Ser vettón, vacceo o carpetano era sentirse de una tierra concreta, ligado a unos orígenes compartidos, pero también probablemente tener costumbres, lenguas, creencias y otros elementos culturales diferenciados; aunque la pertenencia a la categoría céltica más amplia les hacía compartir, al mismo tiempo, aspectos culturales parecidos. Ser vettón, vacceo o carpetano fue algo reconocible para las gentes meseteñas de finales del s. III a.C. aunque nos resulten elusivos muchos aspectos de cómo se vieron ellos mismos. Y también debió de ser reconocible para Aníbal y su ejército. Los hijos y los nietos de los que combatieron y se enfrentaron a los cartagineses seguro que recibieron en forma de historias transmitidas oralmente los hechos de aquellas campañas. Y las recordarían cuando se enfrentaron a las primeras legiones romanas que pisaron la Meseta, aunque no sospecharon que a la larga aquel ejército y el mundo que representaba iba a terminar con sus identidades forjadas a lo largo de los últimos siglos del primer milenio a.C.

Detrás de las identidades étnicas de los pueblos prerromanos quedan muchos aspectos en completa oscuridad. En realidad solo nos estamos empezando a preguntar y a construir metodologías -quizás erráticamente- para vislumbrar lo que representó ser vettón, vacceo o carpetano o, en otras palabras, qué relevancia tuvo la identidad étnica en la vida de las gentes de la Edad del Hierro. Quizás uno de los elementos más importantes en esta cuestión es la iconografía de los grupos étnicos, lamentablemente muy pobre y escasa entre los vettones, vacceos y todavía más los carpetanos. Las imágenes de cómo se veían ellos mismos son cruciales y aunque ciertamente son complejas y altamente polisémicas, tienen que ver con los sentidos y las emociones y encierran muchos hilos del tejido histórico de cada época. Tienen una gran fuerza porque “son vectores privilegiados de la polisemia de lo humano y porque son las mejores vías de acceso al mundo emocional del pasado” (Burucúa y Malosetti 2012: 13). Y la emotividad tiene mucho que ver con el sentimiento de pertenencia a una identidad.

A su regreso, al cruzar el Tajo, Aníbal tuvo que hacer frente a un potente ejército formado por carpetanos, olcades y vacceos, a los que acaba venciendo gracias a la caballería y a los cuarenta elefantes que llevaba consigo (Polibio 3, 13, 5-14; Tito Livio 21, 5, 1-17). En su accidentada vuelta, camino de *Carthago Nova*, éste pudo llevar consigo una importante carga de trigo, el excedente del que dispusieran los vacceos en aquel momento, otoño del año 220 a.C., dado que la marcha hacia la Meseta occidental fue iniciada a comienzos de la primavera, tiempo por lo tanto aparentemente coincidente con la época de cosecha (Sánchez Moreno, 2000: 116). En esta época el comercio a través de la red fluvial del Tajo empezaba a estar sólidamente establecido, y es posible que los asentamientos más cercanos a estas vías estuviesen involucrados en el transporte de bienes y materias primas. Un sistema de comercio a gran escala con el mundo mediterráneo implicaría hacer frente a una importante demanda de metales, ganado, sal, otras materias primas, mercenarios y esclavos. La distribución de poblaciones a lo largo del río y en torno a los vados de Alconétar, Alarza, Talavera la Vieja, Azután y Toledo, tiene un valor probatorio sobre el papel jugado por las grandes vías fluviales en la localización de los *oppida* (Álvarez-Sanchís, 2007).

Nuestra descripción de lo que pudo suceder entre el 400 y el 200 a.C. sólo es parcialmente comprensible, pero no cabe duda de que en el transcurso de esos dos siglos las gentes que ocupaban las tierras del Tajo medio habían conocido un ostensible crecimiento demográfico y económico, proceso que se podría correlacionar con un aumento de la complejidad social, como se deduce de las importaciones mediterráneas (Torres, 2013: 491 ss.). La divisoria natural que formaba el curso del río y el control de los vados ejercido por las comunidades inmediatas condicionaba los movimientos a uno y otro lado. En cierto modo, el comercio venía desempeñando un papel importante en la vitalidad de la región. Más al sureste, en las comarcas abiertas y cercanas al Mediterráneo, los cementerios exhiben con rotundidad asimetrías en los ajuares funerarios que traslucen procesos de jerarquización social. Así se ha querido ver en alguna de las pocas necrópolis con información relevante, como Palomar de Pintado, con una relativa larga ocupación que permite una buena lectura social: la emergencia de nuevos *jefes*, con poderes inestables y continuamente defendidos y negociados en el seno de las comunidades de la época (Pereira y Torres, e.p.). Y así debió de ser también en los años inmediatos al desarrollo de la Segunda Guerra Púnica; no en vano una de las tumbas, con falcata ibérica de gran porte y parrilla de hierro, identifica al



LA GUERRA FORMABA PARTE IMPORTANTÍSIMA DE LA ESTRUCTURA SOCIO-ECONÓMICA DE LOS PUEBLOS DE LA MESETA, UNA PARTE BÁSICA DEL SISTEMA SOCIAL QUE REQUERÍA ÁREAS DE CONFLICTO PARA REPRODUCIRSE A SÍ MISMO. EL COMBATE INDIVIDUAL O “LUCHA DE CAMPEONES” - UNA DE LAS FORMAS MÁS SIMPLES EN LA RESOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS ENTRE DOS COMUNIDADES ENFRENTADAS - TENÍA UN PROFUNDO CONTENIDO SIMBÓLICO Y CONTRASTABA ABIERTAMENTE CON LA GUERRA QUE SE PRACTICABA ENTRE LAS POTENCIAS MEDITERRÁNEAS EN EL SIGLO III A.C. EN LA IMAGEN, POMO DE LA TUMBA 32 DE LAS RUEDAS, PINTIA, Y BROCHE DE CINTURÓN CON DECORACIÓN DAMASQUINADA DE LA OSERA, ZONA I, TÚMULO Z, CON ESCENAS DE COMBATE INDIVIDUAL, Y DETALLE DE ÉSTE ÚLTIMO.
1a y 1b, según Sanz, 1998; 2, según Cabré, 1939-40; 3, según Álvarez-Sanchís, 2008.
Foto: Mario Torquemada / MAR

propietario con la élite guerrera y subraya la importancia del consumo de carne y seguramente bebidas alcohólicas para reforzar los vínculos sociales y políticos (Pereira, 2010). En las comarcas del interior de la Carpetania la eclosión de centros fortificados como en la Mesa de Ocaña (Urbina, 2000; 2007; Urbina *et alii*, 2004), los indicios de aparición de héroes-guerreros y el atisbo de nuevos sistemas de alianzas demuestran claramente la llegada de tiempos convulsos, con tensiones, conflictos y procesos de competencia que revelan la inestabilidad y precariedad del poder político. Eso es lo que refleja el bajorrelieve del santuario urbano del poblado toledano de El Cerrón de Illescas (Balmaseda y Valiente,



FALCATA Y AJUAR FUNERARIO DE UNA TUMBA ARISTOCRÁTICA DE LA NECRÓPOLIS CARPETANA DE PALOMAR DE PINTADO, TOLEDO. SIGLO III A.C.
Foto: Juan Pereira Sieso, en Pereira 2010

1981), con una nítida representación de lo que bien pudiera ser una escena de heroización de un personaje fundador (Almagro Gorbea y Lorrio, 2011). Un contexto similar corresponde a la *phiále* de plata del *oppidum* de *Titulcia*, un plato exquisitamente decorado con un prótomo de felino cuyas barbas y cabellera son dos serpientes enroscadas (Polo *et alii*, 2013). Se trata de un valioso objeto de prestigio que debió de ser empleado en alguna ceremonia religiosa dentro de un santuario doméstico y que se ocultó en algún momento alrededor de mediados del s. II a.C., pero cuya fabricación y utilización es claramente anterior. Con todo, esa dinámica social resulta, de alguna forma, “atípica” –en afortunada expresión de Jorge de Torres (2013: 658-661)–, en la medida en que las tierras del Tajo medio y aledaños no experimentaron una “jerarquización total”. Las comunidades de esta época nunca llegaron a alcanzar los grados de centralización de poder y jerarquización social que tuvieron algunos pueblos vecinos como celtiberos, vacceos o vettones. Parece que los carpetanos nunca tuvieron una fuerza política y una organización social jerarquizada comparable a las de los *ethnoi* vecinos (Dávila, 2007). Pero no se debe despreciar la importancia de los carpetanos, según Polibio quizás el pueblo más poderoso de la zona. Algún hecho lo prueba ciertamente, por ejemplo en el año 218 a.C. y durante el movimiento de

las tropas púnicas en dirección a los pasos pirenaicos, se produce la desertión en masa de 3000 carpetanos reclutados por el general bárquida. Semejante capacidad, por un lado, de proveer un contingente de guerreros tan importante y, por otro, de que un colectivo de guerreros fuera capaz de adoptar una decisión de este tipo, nos habla de un pueblo de acusada personalidad (Pereira, 2010). La batalla del Tajo, en alguno de los vados clave del curso medio del río, en la que una coalición de carpetanos, vacceos y olcades se enfrentó con fatal desenlace al ejército de Aníbal, significa que la decisión del punto elegido fue de los carpetanos, buenos conocedores de su tierra y eso les otorgaría una importante capacidad de contactos, atracción y liderazgo. Lo que también constituye una llamada de atención sobre la repetida ausencia de armas en las necrópolis carpetanas. Quizás la limitada información arqueológica que tenemos nos ofrece un cuadro un tanto distorsionado de esta compleja realidad, como la pretendida falta de identidad étnica de sus gentes en vísperas de la arribada de cartagineses y poco más tarde romanos (Urbina, 1998).



ANIBAL DIRIGIÉNDOSE A SUS TROPAS EN UN TAPIZ FLAMENCO DE LA SERIE “LA HISTORIA DE ANIBAL” DE FINES DEL S. XVI CONSERVADO EN LA CATEDRAL DE ZAMORA. Foto: Obispado de Zamora

BIBLIOGRAFÍA

- ALARIO, C. y MACARRO, C. (2007): “La ciudad hispano-romana de *Salmantica* a partir de la secuencia estratigráfica del solar del Trilingüe”. En G. Gillani y M. Santonja (eds.), *Arqueología en la Vía de la Plata (Salamanca)*, Salamanca.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994): “Urbanismo de la Hispania “Céltica”. Castros y Oppida del centro y occidente de la Península Ibérica”. En M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín Bravo (eds.), *Castros y Oppida en Extremadura. Complutum Extra*, 4, Madrid: 13-75.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y DÁVILA, A. (1995): “El área superficial de los oppida en la Hispania céltica”. En *Complutum*, 6: 209-233.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A.J. (2011): *Teutates. El héroe Fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y la Keltiké. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 36, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (1999): *Los Vettones. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 1, Madrid.
- (2003): *Los Señores del Ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*, Madrid.
- (2007): “Castros y Aldeas. Los vettones en el valle del Tajo”. En J. Pereira (coord.), *Historia de Castilla-La Mancha. Prehistoria*, Toledo: 199-216.
- (2008): *Vettones. Pastores y guerreros en la Edad del Hierro*. Catálogo de la exposición, Alcalá de Henares.
- (2011): “Ciudades vettonas”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo. Complutum*, 22 (2), Madrid: 147-183.
- BALMASEDA, L.J. y VALIENTE, S. (1981): “El relieve de Illescas”. En *Archivo Español de Arqueología*, 54: 215-238.
- BEJARANO, V. (1955): “Fuentes antiguas para la historia de Salamanca”. En *Zephyrus*, 6: 89-119.
- BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P. (eds.) (2007): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente atlántica. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 28, Madrid.
- BÜCHSENSCHUTZ, O. (1988): “Oppidum”. En A. Leroi Gourhan (ed.), *Dictionnaire de la Préhistoire*, París: 125.
- BURUCÚA, J.E. y MALOSETTI, L. (2012): “Una palabra equivale a mil imágenes. Polisemia, grandeza y miserias de las representaciones visuales”. En *Concreta*, 0: 7-14.
- CABRÉ, J. (1939-40): “La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro”. En *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 6: 57-83.
- COLLIS, J. (1984): *Oppida: Earliest Towns North of the Alps*, Sheffield.
- CUNLIFFE, B. (2009): *Iron Age communities in Britain* (4^a ed.), Londres-Nueva York.
- DÁVILA, A.F. (ed.) (2007): *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio. Zona Arqueológica*, 10 (2 vols.), Alcalá de Henares.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2013): “Revisiting Iron Age Ethnicity”. En *European Journal of Archaeology*, 16 (1): 116-136.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (2011): “Hacia una Arqueología de la Etnicidad”. En *Trabajos de Prehistoria*, 68 (2): 219-36.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. (1980): “Las pinturas rupestres de Peña Mingubela (Ávila)”. En *Zephyrus*, 30-31: 43-62.
- GÓRRIZ, C. (2010): “Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia”. En F. Romero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea. Vaccea Monografías*, 4, Valladolid: 231-256.
- HERBERT, S. (2003): “Excavating Ethnic Strata: The Search for Hellenistic Phoenicians in the Upper Galilee of Israel”. En S. Kane (ed.), *The Politics of Archaeology and Identity in a Global Context*, Boston: 101-13.
- JONES, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*, Londres.
- LORRIO, A. (2005): *Los Celtíberos* (2^a ed. ampliada y actualizada, 1^a ed. 1997). *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 25, *Complutum Extra*, 5, Madrid.
- (2008): “El armamento vettón”. En Álvarez-Sanchís (coord.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica 12, Alcalá de Henares: 252-274
- (2009): “Los pueblos celtas”. En Almagro-Gorbea, M. (coord.), *Historia Militar de España. vol. I Prehistoria y Antigüedad*, Madrid: 61-80.
- MACARRO, C. (1999): *El primitivo asentamiento de Salmantica: aportaciones al conocimiento de la Cultura del Soto en el valle del Tormes*. Memoria de Grado (inédita), Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología, Universidad de Salamanca.
- PERALTA, E. (2009): “La II Guerra Púnica”. En M. Almagro-Gorbea (coord.), *Historia Militar de España. vol. I. Prehistoria y Antigüedad*, Madrid: 174-193.
- PEREIRA, J. (2010): “Nuestros ancestros los Carpetanos”. En *Anuario Vaccea*, 4: 18-28.
- PEREIRA, J. y TORRES, J. de (e.p.): “El ascenso de los jefes: Palomar de Pintado y las necrópolis del sudeste del valle medio del Tajo”. En *Primer Simposio sobre los Carpetanos* (Alcalá de Henares, 10-12 marzo de 2013).
- PLÁCIDO, D. (2009): “Los Pueblos prerromanos y sus observadores”. En I. Sastre (ed.), *Arqueología Espacial: Identidades. Arqueología Espacial*, 27: 47-61.
- POLO, J., VALENCIANO, M.^aC. Y ROS, I. (2013): “Últimos avances en la investigación del oppidum de Titulcia (Titulcia, Madrid)”. En *Simposio sobre los Carpetanos*, Alcalá de Henares.
- QUERO, S., PÉREZ, A., MORÍN DE PABLOS, J. y URBINA, D. (coords.) (2005): *El Cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*, Madrid.
- ROMERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (2008): “El primer milenio a.C. en las tierras del interior peninsular”. En F. Gracia Alonso (ed.), *De Iberia a Hispania*, Barcelona: 649-731.
- ROMERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y GÓRRIZ, C. (2009): “El vino entre las élites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo”. En C. Sanz Mínguez, F. Romero (eds.), *El vino y el banquete en la Europa Preromana. Vaccea Monografías*, 2, Valladolid: 225-251.
- ROYMANS, N. (2004): *Ethnic Identity and Imperial Power: The Batavians in the Early Roman Empire*, Ámsterdam.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2005): *Castro de Ulaca. Solosancho, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense*, 3, Ávila.

- (2007): “Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la meseta (ca. 1200-500 a.C.)”. En A. Dávila (ed.), *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio. Zona Arqueológica*, 10 (1): 37-62.
- (2009): “La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica: un estado de la situación y una agenda para la acción”. En *Actas de las Terceras Jornadas de Patrimonio Arqueológico de la Comunidad de Madrid*, Madrid: 187-200.
- (2010): “Arqueología del proceso de etnogénesis en la Meseta prerromana: los vacceos”. En F. Romero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea. Vaccea Monografías*, 4, Valladolid: 37-63.
- (2011): “El caleidoscopio urbano en el mundo “céltico” de la Meseta.” En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo. Complutum*, 22 (2): 297-309.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (2002): “Etnicidad y Arqueología: Tras la identidad de los Vettones”. En *Spal*, 11: 253-75.
- (2008): “Los verracos y los vettones”. En J. Álvarez-Sanchís (coord.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro. Zona Arqueológica*, 12, Alcalá de Henares: 214-231.
- RUIZ ZAPATERO, G., MÁRTENS ALFARO, G., CONTRERAS MARTÍNEZ, M. y BAQUEDANO, E. (2012): *Los últimos Carpetanos. El oppidum carpetano de El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)*. Catálogo de la exposición., Alcalá de Henares.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (2011): “El urbanismo vacceo”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo. Complutum*, 22 (2): 185-222.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (2000): “Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.): la apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas”. En *Gerión*, 18: 109-134.
- (2008): “De Aníbal a César: la expedición cartaginesa de Salamanca y los vetones”. En J. Álvarez-Sanchís (ed.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro. Zona Arqueológica*, 12, Alcalá de Henares: 380-393.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (2010): “El colectivismo de los vacceos, entre el mito y la realidad histórica”. En F. Romero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea. Vaccea Monografías*, 4, Valladolid: 105-121.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid). Memorias*, 6, Salamanca.
- (2010a): “Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis”. En F. Romero, C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea. Vaccea Monografías*, 4, Valladolid: 193-230.
- (2010b): “El armamento vacceo”. En F. Romero, y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea. Vaccea Monografías*, 4, Valladolid: 319-361.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y MARTÍN VALLS, R. (2001): “Los vacceos”. En M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J. Álvarez-Sanchís (eds.), *Celtas y Vettones*, Ávila: 315-325.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y VELASCO, J. (eds.) (2003): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea, Valladolid*.
- SHARPLES, N. (2010): *Social Relations in Later Prehistory: Wessex in the First Millenium BC*, Oxford.
- SOMMER, U. (2011): “Tribes, Peoples, Ethnicity: Archaeology and Changing ‘We Groups’”. En E. E. Cochrane y A. Gardner (eds.), *Evolutionary and Interpretive Archaeologies: A Dialogue*, Walnut Creek: 169-198.
- TORRES, J. de (2013): *La Tierra sin límites. Territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo (s. IX-I a.C.)*. *Zona Arqueológica*, 16; Alcalá de Henares.
- URBINA, D. (1998): “La Carpetania romana y los carpetanos indígenas: tribu, etnia, nación o el país de los escarpes”. En *Gerión*, 16: 183-208.
- (2000): *La Segunda Edad del Hierro en el Centro de la Península Ibérica. Un estudio de Arqueología Espacial en la Mesa de Ocaña (Toledo, España)*. *British Archaeological Reports, International Series*, 855, Oxford.
- (2007): “El Espacio y el tiempo. Sistemas de asentamiento de la IIª Edad del Hierro en la Mesa de Ocaña”. En A. Dávila (ed.), *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio. Zona Arqueológica*, 10 (1), Alcalá de Henares: 194-217.
- URBINA, D., URQUIJO, C. y GARCÍA REVUELTA, O. (2004): “Plaza de Moros (Villatobas, Toledo) y los recintos amurallados de la IIª Edad del Hierro en el valle medio del Tajo”. En *Trabajos de Prehistoria*, 61 (2): 155-166.
- WELLS, P.S. (2011): “The Iron Age”. En S. Miliusauskas (ed.), *European Prehistory. A survey. 2nd edition*, Nueva York-Londres: 405-460.
- WOOLF, G. (2009): “Cruptorix and His Kind. Talking Ethnicity on the Middle Ground”. En T. Derks y N. Roymans (eds.), *Ethnic Constructs in Antiquity: The Role of Power and Tradition*, Ámsterdam: 207-17.